

tamente con los demás soberanos, sus reclamaciones cerca del Austria, para la restitución de sus Estados. Antes de fines del mismo año, la Rusia se puso á la cabeza de una alianza de soberanos, que hizo una declaración en forma, contra la existencia misma del Papado, y las prerogativas de la Sede pontificia. Esta alianza la formaron tres soberanos, de los cuales el uno era griego, otro protestante y otro católico. (A los que se agregaron, más tarde, otro soberano católico, el rey de Francia, y las repúblicas protestantes, la Holanda y la Suiza.) Esos tres soberanos, se decían hermanos, que gobernaban, á la vez, tres ramas de una misma familia, y de una misma nación cristiana; nación, que reconocia por soberano á Jesucristo; y confesaron, que «la nación cristiana, de la cual ellos y sus pueblos forman parte, no posea, en verdad, otro soberano, que aquel á quien solo pertenece todo poder, etc.»

El objeto de esta alianza, se conoció mas tarde. La Rusia, en una serie de congresos, se ha introducido por todas partes en Europa, con ánimo, en apariencia, de aniquilar las revoluciones, pero, en realidad, de producir, como ha producido, el actual estado de cosas.

No trataré de explicarme mas por extenso, porque en defecto de la explicacion, os enviaré un ejemplar de la *Revista diplomática*, en donde hallaréis algunas cartas, sobre «la Internacional y la Rusia.» Esas cartas no son, en verdad, sino un débil bosquejo; y todos mis escritos, acerca de esa materia, son en inglés. Si no os es agena esta lengua, serios decirme: entónces podré enviaros, entre otras cosas, un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, en 1848, que versa sobre: «El Gobierno extra-nacional de la Europa,» donde predije lo que vos mismo habéis indicado en vuestro artículo, titulado «el Porvenir» la extinción de la independencia de cada pais por un congreso. El Czar anuncia hoy un congreso, sin esperar el consentimiento de los que debían formarlo. A ello se ve obligado por la petición de una sociedad secreta, sociedad, que, como no ignorais, la componen conspiradores y revolucionarios; pero, que

«la opinion pública» llama filantrópica y amiga de la humanidad.

Mas, no es esto todo. Si el objeto general de ese congreso, se descubre en el programa de la *Alianza Universal*, el principe Gortschakoff ha dejado entrever, que es otro; y éste es, nada ménos, que acabar lo comenzado por la declaración de Paris, esto es, hacer imposible toda guerra marítima, de tal suerte, que las potencias militares queden solas dueñas del mundo.

Después de mi llegada á Inglaterra, hace seis semanas, procedente de la Suiza, en donde residí, he trabajado con mis amigos, y con las comisiones de negocios extranjeros, en preparar un movimiento para derribar la Declaracion de Paris. La Rusia trabajaba tambien, á su vez, pero en sentido contrario.

Recibida la noticia del Congreso de Bruselas, no cesamos de trabajar dia y noche, en apartar de nuestra patria ese nuevo peligro. Pero el peligro, no es ménos eminente para la Francia. Una de sus mayores garantías de salvacion consiste, en recobrar su poder marítimo, con el cual podria no solo hacer frente á la Prusia y Rusia, sino hasta dominarlas.

¿No podríais, por vuestra parte, hacer algo, para abrir los ojos á los franceses? Dos artículos han aparecido en la *Asamblea Nacional*, en la *Union*, en la *Revista de Grenoble*, etc., hace ya algunos meses, pidiendo la abrogacion de la Declaracion de Paris. Hay personas que comprenden, más ó ménos, esa cuestion; pero, por el momento, el peligro principal consiste, en que el gobierno, ahora en manos del Duque de Decazes (nombre de mal agüero), haga creer á la nacion, que la Rusia quiere tomarla bajo su proteccion, y que, por lo mismo, es preciso asegurarse, no importa por cuales sacrificios, tan poderosa alianza.

Para descubrir ese complot, es preciso comprender la politica de la Rusia, lo que vale su palabra, y cual es su verdadero objeto.

Tengo el honor de ser etc., etc.

DAVID URQUHART.

(*Journal de Florence*, 9 y 10 eneró 1875.)

EL VEN. HERM. VOLTAIRE (1).

I.

No hay nombre alguno, que la secta anticristiana haya explotado con más fortuna, que el de Voltaire. De este hombre, que *Paris coronó* y que *Sodoma hubiera repudiado* (2), la secta anticristiana, ha hecho un héroe y le presenta á las muchedumbres, como un idolo digno de su incienso. El idolo no puede ser más miserable, ya que, por confesion propia, Voltaire *pasó toda su vida cometiendo locuras* (3), y todas sus obras no son otra cosa, que una conspiracion perpetua contra la verdad. Empero, la secta se ha empeñado en adornar su idolo, en pintarnos su vida como la de un hombre, «cuyo amor al género humano fué una verdadera pasion (4);» y cuyas obras despertaron la razon, y nos emanciparon del fanatismo; y merced á este artificio, el idolo ha recibido incienso, y ha tenido adoradores en el seno de una sociedad pervertida. No nos sorprende, empero, esta pérdida transformacion de la vida y de las obras de semejante monstruo. ¿Acaso no recomiendo Voltaire á sus adeptos, que mintieran, como él lo hacia, «no con timidez, y en ciertos casos, sino con osadía, y en todo tiempo (5) ?»

Mas nosotros, que ninguna necesidad tenemos de mentir, puesto que la verdad es

nuestra causa, queremos, con la historia en la mano, arrancarle al idolo sus adornos, y á sus obras los comentarios falaces, y presentarle en su espantosa desnudez, para entregarlo luego á la reprobacion universal. Al leer su vida, le vemos entregado á todos los excesos de una impiedad, que llega hasta los mas horribles sacrilegios, hasta la crueldad y la sed de sangre; si examinamos sus obras y sus conferencias en ellas la más insigne mala fé, unida á un furor diabólico contra la ley adorable, que trajo á la tierra el Hombre Dios, á quien Voltaire, desde el abismo de su nada, se atrevió á llamar *infame*. Vamos á escoger algunos de sus principales rasgos, entre los mil, que pudiéramos ofrecer á nuestros lectores, para arrojar ese epíteto de *infame* sobre la cabeza de su autor, sobre sus obras, y sobre la secta execrable, que abusa del nombre de Voltaire para seducir á los ignorantes. Empecemos por demostrar, que Voltaire *fué, por su corazón, el último de los hombres*, como decia su sobrina madama Denis.

II.

Ese malvado, conocido con el nombre de Voltaire, no tuvo, bajo este nombre, ni mayores, ni sucesores. Tomó este nombre sonoro de una pequeña propiedad, que heredó de su madre, ménos para satisfacer su vanidad, que para cubrir las vergonzosas acciones con que, desde su juventud, habia manchado su primer y verdadero nombre de Arouet; persuadido, á tal extremo llegó su pequeñez, de que si habia sido desgraciado con el primero, seria con el segundo más afortunado. Y, en verdad, ¡á la tierra solamente correspondia dar un nombre á ese monstruo de desorden y de impiedad.

A los treinta y cuatro años de edad,

(1) Es sabido, que Voltaire estaba inscrito en la Logia de Paris: *dos Nuevas hermanas*.

(2) J. de Maistre. *Veladas de San Petersburgo*, t. I.

(3) Carta de Voltaire á Cideville, 3 de setiembre 1733.

(4) Vida de Voltaire, por el Ven. Herm. Condorcet.

(5) Carta á Thiriot, 21 de octubre 1736.

Aronet-Voltaire era ya celebre; bajo este doble apellido:

Aronet habia sido arrojado dos veces de la casa paterna por su conducta escandalosa; extrañado de Holanda, donde habia urdido una intriga infame con mademoiselle Dunoyer, y encerrado, por fin, en la Bastilla, por haber compuesto una sátira repugnante contra Luis XIV, que acababa de espirar.

Voltaire (al salir de la cárcel tomó este nombre) fué apaleado, en milard de la calle, por los criados del caballero Rohan-Chabot, á quien habia insultado; despues, encarcelado, por haber llevado al extremo sus insolencias; mas tarde, desterrado á Inglaterra, de donde regresó al cabo de tres años, sin atreverse, empero, á dejarse ver por las calles de Paris, de donde, por último, se le echó otra vez, por haber divinizado en un infame libelo á una actriz, que habia muerto, arrojándolo todo al diablo, y con ello, su alma, por cuyo motivo el clero de Paris se negó á darle sepultura eclesiástica.

En lo restante de su vida, Voltaire tuvo que luchar con mil persecuciones, que se alraja donde quiera se hallase; pues en todas partes era mirado como enemigo de la sociedad, como una oveja inficionada, capaz de comunicar el contagio á cuanto se le acercaba (1). Esta humillante confesion le arrancó la verdad, cuando, escribiendo á Cideville, el 3 de Setiembre 1773 le dijo:

He pasado toda mi vida cometiendo locuras; y cuando fué desgraciado, merecia serlo.

Una pluma honrada pudiera difícilmente trazar todas esas locuras, tan horrible es la depravacion que revelan. Lo que el decoro nos permita decir, bastará para dar una idea de lo que debemos callar. Despues de haber deshonrado un considerable número de jóvenes, Voltaire se retiró á casa de madama Fontaine-Martel, á la cual vivió peccar miserablemente, al cabo de diez y ocho meses, victima de los más horribles excessos. Este episodio de un desenfrenado libertinaje, nos lo refiere el filósofo, el mismo, con detalles tan repugnantes, que Sodoma los hubiera reprochado. Idénticas seducciones, idénticas maldades se repitieron con madama la marquesa de Chatelet. Vióse á esta mujer, jóven todavia, y madre de familia, distinguida por

(1) Collini, en *Mi residencia cerca de Voltaire*.

su clase y por su fortuna, menospreciar á su esposo legítimo, abandonar la corte, para seguir al corruptor en su carrera aventurera, turbada, á cada paso, por el temor al castigo.

En fin, encontró para esa desventurada victima de su pasion un retiro en una quinta de Grez, situada en las fronteras de la Lorena (1). Durante muchos años, continuó en su comercio escandaloso con esa infeliz mujer, que espiró tambien en brazos del mas abominable libertinaje. El tema favorito de Voltaire, tema, que predicó y practicó toda su vida, hélo aquí: *El placer es el fin universal; quien á él se entrega, se ha salvado* (2). Hasta en edad avanzada, y cuando el fuego de las pasiones se amortigua, ese miserable, aún pedía *bellas desnudeces para rejuvenecer su ancianidad*; y recomendaba, que se le trajera cuanto pudiera encontrarse *de más bello é inmodesto en Palais-Royal* (3).

En su juventud, Voltaire habia recibido de Juan Bautista Rousseau, pruebas de amistad, y algunos consejos saludables, de los cuales no supo aprovecharse. Leyéndole cierto día, su *Epístola á Urania*, Rousseau la halló tan llena de horrores contra la religion y la moral, que interrumpió á Voltaire, manifestándole su indignacion, por haberse atrevido á escogerle para una confidencia tan detestable; y le amenazó, que se separaría de él, al instante, si no cambiaba de propósito (4). Era esto más que suficiente para incurrir en la indignacion de Voltaire. Habiendo sabido, poco tiempo despues, que Juan Bautista Rousseau habia criticado su tragedia *Zaira*, ya no vivió en el sino un enemigo declarado, y le persiguió hasta en la tumba (5).

Este último rasgo nos conduce á considerar á Voltaire, como un filósofo lleno de hiel y de envidia que ni siquiera admitía la idea de un mérito superior al suyo.

Véase, en cambio, el retrato que Juan Jacobo Rousseau hizo de Voltaire. «El desgraciado Voltaire ha perdido mi patria. Yo le

(1) La Lorena era entonces un estado soberano.

(2) Carta á Berger, 10 de octubre 1736.

(3) Carta á Berger, 10 de junio 1757.

(4) Carta de J. B. Rousseau, 22 de mayo; 1737.

(5) Epístola sobre la Calumnia. Discurso sobre la Envidia.

odiaría más, si le despreciara ménos. Este fanfarron de impiedad, este bello génio y esta alma baja, este hombre tan grande por sus talentos y tan vil por el uso que ha hecho de ellos, nos dejará largos y crueles recuerdos de su estancia entre nosotros (1).

Uno de sus primeros ensayos poéticos fué presentado á la Academia en un concurso, pero habiéndose dado el premio á otro por unanimidad de votos, Voltaire, se irritó de tal manera, que compuso una sátira, en la cual no guarda consideracion alguna, ni á su vencedor, ni á sus jueces.

Admitido ya en la Academia, discutiase un día en presencia de Voltaire, cierto punto de literatura; y como Damchet sostuviese una opinion contraria á la suya; Voltaire, interrumpió al orador, y colmóle de injurias, por cuyo motivo le dijo M. de Fontenelle: M. de Voltaire, vos justificais, plenamente cuán justa era nuestra repugnancia á admitiros entre nosotros. Este reprocho dió claramente á entender á aquel á quien se dirigia, que en la Academia no obtendria nunca el cetro que, en todas partes, pretendia empujar; así que, desde este día, no se le volvió á ver en esta célebre asamblea, á pesar de los constantes y penosos esfuerzos que habia hecho para ser admitido en ella.

Furioso por haber sido puesto en ridiculo en dos sátiras, que se publicaron con motivo de su recepcion en la Academia, solicitó inmediatamente, y obtuvo del subdirector de policia, una orden, para encerrar al autor de aquellos escritos: él no lo conocia; ¿qué importa? su venganza necesitaba una victima; y solo porque se decía, que Travenulo hijo, músico, habia hecho circular las sátiras, pidió que se le prendiera; y no habiéndolo encontrado en su casa, arrestaron á su padre, anciano de ochenta años, y le llevaron á la cárcel, en donde estuvo cinco dias, que se necesitaron para reconocer la horrible injusticia de Voltaire.

III.

Aunque alguno trabajase, como el trabajaba, en minar el altar y el trono, no lo consideraba como título suficiente para librarse de su odio, cuando se le contrariaba ó disgustaba.

(1) Carta á Vernet, noviembre 1760.

Habiéndose permitido Juan Jacobo Rousseau, reprocharle los espectáculos corruptores que se representaban en su casa: «Pues, qué, exclamó Voltaire, un Juan Jacobo, un lacayo de Diógenes... un tuno, tiene la insolencia de escribirme, que yo corrompo las costumbres de mi patria!... Si viene al país, haré que le metan en un tonel envuelto en media capa, para abrigar su villano y diminuto cuerpo....» (1) «Juan Bautista me parece un charlatan muy inferior á los pagos que pasan el tiempo jugando en los bulevares: es una alma llena de hiel, que mereciera el odio, sino le abrumase el desprecio (2);» En su poema de la *Guerra de Ginebra*, es donde principalmente exhala su furor contra Juan Jacobo, llevando su cohardia, hasta el punto de insultar la desgracia de éste.

Era preciso, ó aplaudir á Voltaire, aún en sus mayores extravíos, en sus torpezas mas repulsivas, ó contar con un irreconciliable enemigo. El duque de Sully, rehusó prestarle su apoyo para vengarse de un ultraje, que habia recibido, en justa represalia de una horrible insolencia suya: la negativa era justa, y conforme á todas las conveniencias; no importa; Voltaire abrigó tal resentimiento contra él, que, para vengarse, hasta donde alcanzaba su poder, borró de la *Henriada* el nombre de Sully, y le substituyó con el de Mornay, que todavia se lee en dicho poema.

Largo fuera referir todos los efectos de su odio contra Arnaud; á quien hizo perder su empleo de secretario de Federico II; contra Labaumelle, profesor de bellas letras, á quien hizo encerrar en la Bastilla; contra Maperlain, presidente de la Academia de Berlín, cuya reputacion destruyó en diferentes libelos, sobre todo, en uno tan infame, que el rey lo mandó quemar por mano del verdugo... Y era ese mismo Voltaire, quien no se autorizaba de escribir al conde de Argental: «Yo preferiria que se me hubiese acusado de haber hecho enrodrá *Calas*, ántes que imputarme el haber perseguido á un literato (3).»

Con mucha frecuencia el odio de Voltaire

(1) Carta á Damilaville, 28 de julio 1763.

(2) Carta á M. de Rochefort, 26 de octubre 1766.

(3) Carta del 11 de enero, 1768.

degeneraba en crueldad inaudita. Sus obras, y, sobre todo, su correspondencia, nos revelan sus aspiraciones homicidas, contra los príncipes, contra los ministros de la religión, y, en general, contra todos los que no habían acertado á complacerle; aspiraciones, que no cesaba de fomentar en los demás.

He aquí algunos rasgos: La Francia y tres potencias coaligadas, declararon la guerra á la Prusia en 1757; Voltaire vivió en ello una ocasión propicia para satisfacer su ódio contra un oficial del rey de Prusia, llamado Freytag; y al punto escribió al conde de Argental: «Me importa muy poco que la escena sea más ó menos sangrienta, con tal que el buen M. Freytag, sea ahogado;» y en 1758, escribiendo á Collini, le decía: «Si los franceses, los austríacos, los rusos y los suecos no azuzan mejor sus perros, Freytag tendrá razón.» Expresiones, que nos darían á conocer en cuán poco estimaba la vida de los hombres, si el rasgo siguiente no denotase toda la crueldad de su alma. Como la lentitud de la guerra, no dejaba satisfechos sus deseos de ver correr la sangre á torrentes, inventó una máquina, con la cual garantizaba, que seisientos ginetes destruirían fácilmente un ejército de diez mil hombres. «Ensayad, escribía al duque de Richelieu en 1757, ensayad tan solo dos de estas máquinas, contra un batallón ó escuadrón, apuesto mi vida, á que no las resistirán. Felizmente, el ministro rehusó emplear una máquina tan mortífera, cuyo inventor, sin embargo, es el corifeo de las doctrinas humanitarias de nuestro tiempo; el mismo, de quien el francmasón Condorcet tiene la imprudencia de decir: «Que se le puede contar entre el corto número de hombres, en quienes el amor al prójimo ha sido una pasión verdadera (1).»

Cuando lo juzgaba necesario, sabía el filósofo ocultar su ódio bajo el manto de la lisonja más rastrea. Menospreciador de toda autoridad, deseaba, no obstante, captarse la benevolencia de Luis XIV; y, á este fin, envió una composición en verso al mariscal duque de Richelieu, y haciéndole notar los pasajes que podrían producir en el ánimo del príncipe una impresión ventajosa, le decía: «Deberíais, monseñor, indicar con el dedo á nuestro *adorable monarca*, este pa-

(1) Vida de Voltaire por Condorcet.

saje; de héroe á héroe no promedia sino la mano» (1).

En toda su correspondencia, aún en sus cartas á las personas, que menos estimaba, ó que más odiaba, pero de las cuales tenía necesidad, no se encuentran sino elogios y protestas de afecto y de amistad.

Cuando deseaba obtener algo, descendía hasta la bajeza. Así, para estimular á una actriz llamada Clarion á representar bien su parte en la primera representación del *Orestes*, en cuyo buen éxito estaba empeñado, le escribía en enero de 1750: «Señorita Clarion: se os suplica que os sirvais concurrir mañana al salón de descanso; sin duda vos sostendreis el *Orestes*, si el *Orestes* es capaz de sostenerse. La señora Denis (sobrina de Voltaire), os envía sus más afectuosos recuerdos, y Voltaire, se pone á vuestras piés.» ¡Y luego le pide perdón de rodillas por las insolencias que debe representar; y se declara menos interesado en su propia gloria, que en la de la señorita Clarion!

Merced á sus adulationes, consiguió para sí pensiones considerables. Mil y quinientos francos, sobre los fondos de la Reina de Francia; veinte mil ducados, que obtuvo de la Emperatriz de Rusia, en cambio de cartas llenas de mentiras y de lisonjas ruines; veinte mil francos del Rey de Prusia. Mientras permaneció en el palacio de este monarca, Voltaire se hizo señalar un número determinado de libras de azúcar, de café y de chocolate; pero á consecuencia de la desgracia en que incurrió, y por la cual dejó de recibir esas pequeñas subvenciones, hacía vender las doce libras de bujías, que se continuaba suministrándole cada mes, para alumbrar su casa, y procuraba, bajo diferentes pretextos, pasar las noches en los aposentos del rey, llevándose cada noche una de las bujías que encontraba encendidas (2).

Otra de las cualidades notables de Voltaire era su avaricia, llevada á tal extremo, que hubiérase hecho proverbial, á no interesarse la secta en ocultar las pasiones ver-

(1) Carta del 20 de junio 1745.

¡Llamar *adorable* á un rey, á quien él detesta, y héroe, á un ministro, que desprecia! ¡vil adulador!

(2) Thiébaull, 3.º tom., sobre la permanencia de Voltaire en la corte de Berlín.

gonzosas de su idolo. El mismo Voltaire asegura (1), que, de su familia, no disfrutaba más que una renta de cuatro mil francos; y, sin embargo, sus rentas nunca bajaron de ciento cuarenta mil francos; y por que medios alcanzó una fortuna tan enorme, que la historia de los literatos no nos ofrece otra parecida?

Por el cuidado que puso en vivir siempre á costa ajena, pasó las tres cuartas partes de su larga carrera frecuentando las casas de los magnates, donde se hacía tratar como *cuerpo de rey*, las cuales no abandonaba sino muy tarde, y, ordinariamente, hasta tanto que le obligaran á marcharse, como le aconteció después de la muerte de madama Fontaine-Martel, en cuya casa tuvo el descanso de permanecer muchos meses, pero que allí, como decía, se encontraba perfectamente.

El comercio de trigo, no hubiese parecido, en aquella época, digno de un filósofo; pero la ingeniosa y ávida filosofía de Voltaire encontró el medio de dedicarse á él, en secreto, con un nombre supuesto, el de *Dumoulin*, que le servía para cubrir sus operaciones lucrativas, tan caras á su corazón.

Interminable fuera una exacta relación de sus picardías con respecto á los libreros. Algunas veces hacía imprimir un libro á costa suya; y cuando había vendido cierto número de ejemplares, vendía el sobrante de la edición á otro librero, y en seguida, con algunos cambios insignificantes, publicaba otra edición. Queriendo publicar una edición completa de sus obras, trató, primero, con Ledet y Desbordes, impresores libreros de Amsterdam; luego, con otro en Ruan; y después de haber recibido las sumas estipuladas en ambos contratos, el mismo solicitó una orden de la policía, que prohibiera circular por Francia la edición de Amsterdam (2).

IV.

Las infames *Cartas filosóficas* le causaron alguna inquietud. Llenas estas cartas de principios destructores de toda moral, de

(1) Carta á Cideville, 2 de noviembre 1731.

(2) Carta á Thiriot, 4 de marzo 1766.

toda religión, de toda autoridad, temía, si las publicaba; el fallo del tribunal competente. Sin embargo, vendió esta obra á Jore, impresor de Ruan, asegurándole, que había obtenido verbalmente permiso para publicarla. Con esta seguridad, Jore imprimió las *Cartas filosóficas*; mas se abstuvo de darlas á luz, aguardando recibir por escrito el permiso que se le había anunciado y prometido. Mientras tanto, el autor hizo secretamente otra edición en París (1). Los primeros ejemplares llamaron la atención del gobierno, el cual, después de examinada la obra impía, que mandó quemar por mano del verdugo, expidió una orden de prisión contra el Ruan. Algunos meses después la edición de Ruan fue recogida, Jore, destituido de su título de maestro impresor, y declarado inhábil para ejercer su profesión (2). Este padre de familia, enteramente arruinado por fiar en la palabra de Voltaire, publicó una Memoria, asegurando en ella, que había sido descubierto y perseguido por denuncia del mismo Voltaire. ¿Cómo calificar esta conducta del filósofo, quien, como es sabido, huyendo por espacio de siete meses, de la acción de los tribunales, halló generosa hospitalidad en casa de Jore?

Otro de los manantiales de la fortuna fabulosa de Voltaire fué la usura. Tenía constantemente en París, en casa de su sobrina y en la de un hombre llamado Moussinot, considerables sumas disponibles para préstamos á exorbitantes intereses. Pero no prestaba sino á hombres distinguidos por su categoría y por su crédito, con la mira de adquirir poderosos protectores en caso de necesidad (3). Así es, que, entre sus deudores, contaba á los Villars, los Richelieu, los Guis, los de Estaing, los Guérian, etc. «M. de Brezé ¿qué bienes posee? preguntaba cierto día á Moussinot, en el mes de octubre 1789. Cuando hayais obtenido seguridades acerca de este punto, añadió, tomad veinte mil libras en casa Michel, y entregadlas á

(1) En vano Condorcet se atreve á asegurar, que Voltaire no había tenido conocimiento de esta edición. Una carta de Voltaire á M. de Forment, 25 de marzo 1731, desmiente formalmente á Condorcet.

(2) Decreto del Consejo, del mes de setiembre 1734.

(3) Vida de Voltaire, por M. Lepau.

M. de Bezé en renta vitalicia, al diez por ciento.» Voltaire percibió esta renta por espacio de cuarenta y un años. Relativamente al cobro de los intereses era inexorable (1). «M. de Estaing me debe, y apela á sutilezas para no pagarme, ó al menos, para diferir el pago: entregad, pues, el asunto al procurador, para que le persiga judicialmente. Es preciso no dejar dormir nada, si es posible, en manos de los deudores. Os recomiendo especialmente á los Lejean, los Dannelin, los Villars, los d' Estaing, y Arouet.» Este último, era hermano suyo, á quien no concedía más gracia que á otro cualquiera.

La misma señora Denis, que se había dedicado exclusivamente y con el mayor celo, al servicio de su tío, tuvo no poco que sufrir de la avaricia de éste. En 1731, contestándole los reproches que Voltaire le dirigía, por haber tomado dinero adelantado en casa de su tesoro, le dijo: «La avaricia es tortura horriblemente; si yo he tomado algún dinero en casa Delaue, ha sido porque creía que ibais á regresar de un momento á otro. (La señora Denis intrigaba entonces en París para obtener se le permitiera á Voltaire volver á su casa.) La pasión por el dinero os mata; no me obliquéis á odiaros; POR VUESTRO CORAZÓN, SOIS EL ÚLTIMO DE LOS HOMBRES.»

Para completar ese espantoso cuadro de los vicios que dominaban á Voltaire, debemos hablar de su impiedad diabólica y de su detestable hipocresía. Este es un capítulo inagotable; pero al mismo tiempo, el más conocido, porque á esos vicios debe principalmente su infernal celebridad. Nos limitaremos á referir un solo rasgo suyo, quizás el más ignorado, pero sin duda el más repugnante de todos. Los lectores del *Journal de Florence* reconocerán en él un eslabón de la cadena sectaria, nunca interrumpida, desde Cam, y cuya existencia nos ha revelado M. de Camille en su *Storia della setta Anticristiana*, en la que podrán entrever este misterio de iniquidad, que no será revelado hasta el fin de los tiempos.

En marzo de 1734, Voltaire escribía al marqués de Argens, perfecto incrédule é impío consumado:

«Reverendísimo padre en el diablo, y carísimo hermano... acordados de la palabra *sagrada*, que nos dimos en la gruta de

(1) Cartas á Mounin, junio 1738 y 39.

Lucifer, de no creer nunca, ni una sola palabra de todos esos cuentos, que refieren los *espíritus inmundos, disfrazados de ángeles de luz*, esto es, los sacerdotes.» ¿No es este el estilo de Garibaldi y de los sectarios de nuestros días? Pues bien: poco tiempo después de esta profesión de fe, de este juramento prestado en la gruta de Lucifer, y de no creer absolutamente ninguna de las celestiales verdades que enseñan los ministros de Jesucristo, Voltaire, desterrado en Colmar, se atrevió, con su secretario, á quien indujo á cometer el mismo sacrilegio, á acercarse á la santa mesa, y á comulgar públicamente!!!

Tal es el hombre á quien adora la secta, ese hombre, cuya locura llegó, en un banquete filosófico á igualarse el mismo con Dios: «No os parecé, dijo á los demás convidados, que tengo tanto talento como Jesucristo?»

A semejante monstruo de impiedad, bien puede aplicarse esta expresión, no menos justa que terrible, de J. De Maistre: «Otros cínicos asombraron á la virtud; Voltaire asombró al vicio.»

Y.

Al descorrer el velo que oculta la vida de Voltaire, hemos estigmatizado también sus obras. Es imposible que un árbol malo produzca buen fruto. Un hombre entregado á todos los vicios, no podía enseñar otra cosa que el menosprecio de la virtud, sobre todo, habiéndose obligado con juramento, en la gruta de Lucifer, á combatir y á denigrar como infame la doctrina augusta del Evangelio. Por desgracia, el estilo de las obras de Voltaire, es brillante, y sutilísimo el veneno que en ellas se oculta, pero al mismo tiempo mortal. Las bellas frases de este impío, producen el efecto de un spono cimbaló, con que se llama á la multitud á un espectáculo infame. Por lo demás, no puede haber verdadera belleza, donde la palabra no es más que instrumento de mentira y de corrupción. *No hay belleza donde no hay verdad.* Y es un crimen, amar la mentira, solo porque se nos ofrece adornada; es una locura, beber el veneno, porque se sirve en copa de oro. «Es un hombre digno de ser escuchado, dice Fenelon, el que no se sirve de la palabra sino para expresar el pensamiento; y del pensamiento, para expresar la verdad y realzar la virtud.»

Luego; Voltaire, embustero y corruptor por excelencia, no merece ser escuchado; sus obras, horrible conjunto de imposturas y de impiedades, no merecen otra cosa que el desprecio. En sus *Misceláneas históricas* habla difusamente de las mentiras impresas; y al mismo tiempo que no repara en calificar de mentirosos, aun á los autores más verídicos, ensarta en esas *Misceláneas*, tantas mentiras, como líneas contienen. Hace cargos al pueblo judío, precisamente porque era el pueblo de Dios, de ciertas crueldades, que la nación más bárbara hubiera reprobado. Acusa á Dios mismo, de haberlas ordenado, y de haber hecho ejecutar innumerables asesinatos: «¿y por qué pregunta; por una leve falta, contesta, por una palabra mal pronunciada.» Y por este estilo, transforma en malvados y tiranos á los más venerables y santos personajes, á quienes atribuye actos los más indignos y criminales; haciendo figurar en la escena hombres, que no existieron nunca, ó que si existieron, murieron cien años antes de los sucesos en los cuales les hace figurar. Y luego, por una extraña contradicción, defendiendo á los judíos contra los cruzados, calificando á éstos últimos de verdugos, y achacándoles el proyecto de degollar á los judíos, cuando es sabido, que solo combatían á los turcos.

Llega hasta el punto de afirmar en su *Historia general*, que los cruzados, después de haberse apoderado de Constantinopla, todo lo devastaron, saquearon el templo de santa Sofía, y bailaron luego en este mismo templo con prostitutas. Esta monstruosa anecdota obligó á un historiador de Francia, el abate Velley, á preguntar á Voltaire, de dónde la había descubierto: «¿Qué importa, le respondió el imprudente embustero, que esta anecdota sea verdadera ó falsa? cuando se escribe para divertir al público, ¿hay que andarse en escrúpulos, de si se dice, ó no, la verdad? Yo abandono á los benedictinos la crítica y las investigaciones que el mundo sabio exige del historiador; á mi me basta interesar y deleitar á mis lectores. Además, según los consejos de mi médico, mi alma tiene la misma necesidad de transpiración que mi cuerpo; ó inmediatamente que la he provocado con el café, me apresuro á comunicarla á mis amigos los franceses, á quienes, como que tienen más necesidad de pequeñas historias, que de historias verdaderas, sirvo á su gusto

(1).» Su cabeza, exaltada por el café, fué, pues, el manantial del cual manaron las «pequeñas historias» que, no solo en Francia, sino en el mundo entero, pervirtieron á una innumerable multitud de bobalicones.

Sus demás producciones, en particular sus *Cartas filosóficas*, son igualmente un hormiguero de groseras mentiras, de negras calumnias, contra Nuestro Señor Jesucristo, contra su religión santa, contra los más augustos misterios; y cuando asegura todo eso, con una desvergüenza sin igual, exclama, en seguida, con ademán de triunfo: «Esto no necesita pruebas; nada más cierto; es cosa demostrada.» Si alguien se atreve á contradecirle, ó á replicarle siquiera, le prodiga los epítetos de *monigote, bribón, ruin, envergüenno, pillo, escaño del mundo, poderasta*. Los sectarios de nuestros días han heredado esa retabla. Aquellos á quienes ellos llama ultramontanos, fanáticos, secuaces de la Internacional negra, Voltaire los llamaba: *sacristanes, suntuosones, sportilleros de Loyola*. Aquel de quien Sonzogo dijo blasfemias en la Ciudad santa, Voltaire le calificaba de *infame!* El Vicario de Jesucristo, á quien el *Journal de Rome* llamó «viejo Calchas de la bella Elena.» y el *Papelo Romano* «viejo sacerdote infame.» Voltaire aplicó el epíteto de *carlemin*, fabricante de bulas (2). En 1761, escribía al conde de Argental: «Mi destino es ahofetear á Roma, y sometela al servicio de mis caprichos (3).» Tres años más adelante, osaba decir: «Tiempo vendrá en que pondremos á los Papas en escena, del mismo modo que los Griegos lo hacían con los *Atreos* y los *Thyenes*, para hacerlos odiosos (4).» Por desgracia, este tiempo ha llegado ya; nosotros somos los Griegos y las víctimas de los excesos de la secta anticristiana.

No displacerá á nuestros lectores el saber, de qué manera funcionaba esta secta execrable en tiempo de Voltaire, de que modo este impio supo inspirarle el odio que la posee.

«Fue durante su destierro en Inglaterra

- (1) Carta á una señora amiga suya, 1766.
- (2) Carta al Rey de Prusia, en junio 1770.
- (3) Carta del 21 de junio.
- (4) Carta á Saurin, 28 de febrero, 1764.

ra (1), dice Condorcet, cuando Voltaire juró consagrar su vida a derribar la religión de Jesucristo; y cumplió su palabra; esto es, nada perdonó para destruir esta divina religión; empero, las potestades adversas no son desencadenadas sino para demostrar la estabilidad de la Iglesia: todos los esfuerzos de los impíos sucumben ante el inflexible decreto: *non prevalebunt!*

Mil y quinientos años antes de Voltaire, Celso había jurado también, destruir la religión de Jesucristo, y a pesar de este juramento de Celso, nuestra divina religión no ha dejado de existir, durante los mil y quinientos años, que han transcurrido, hasta Voltaire; y no obstante, el juramento del impío Voltaire existe todavía, en 1874; y mal que pesé al odio de los discípulos de Voltaire, existirá hasta el fin de los siglos. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Jesucristo no faltará, ni nuestra certidumbre pederega cambio alguno.

Comprendiendo Voltaire, que por sí solo no podría ejecutar su infernal juramento, se asoció todos aquellos que él consideró a propósito y dignos de seguir sus pasos, bajo el estandarte de la impiedad.

El cínico Rousseau (Juan Jacobo), hijo de un relojero de Ginebra, se alistó, desde luego, bajo el horrible estandarte; pero extravagante y feroz por naturaleza, pronto enarboló otra bandera. Voltaire no gustaba ni quería sino hombres obsequiosos para con él, y el ánimo de Juan Jacobo no era de este temple. Los principales ministros del furor volteriano contra el cristianismo, fueron d' Alembert, bastardo de Destouches, comisario de artillería y de Claudina-Alejandrina Guerin de Tencio, religiosa secularizada;—Diderot, hijo de un cuchillero de Langres, enemigo de toda subordinación y furioso propagador de las doctrinas más funestas, y además, de un carácter tan original, que para que se hablase de él, pasébase por todas las ciudades notables, desde San Petersburgo hasta París, con bata y gorro de dormir;—Helvecio, hijo de un médico, en sus primeros años sinceramente adicto al

(1) Efectivamente, en Inglaterra fue en donde han los franceses a iniciarse en los misterios de la secta. El primer Gran Oriente de París, lo fué un lord inglés.

cristianismo, luego, ateo consumado á consecuencia de sus relaciones con Voltaire;—Damilaville, dependiente de escritorio, después de haber sido militar, fue un enguementado de impiedad, desencadenándose contra toda especie de religión;—d' Argens, chambelán del rey de Prusia, cuyas obras están llenas de escándalos y de contradicciones;—uno de los jefes de la Masonería, Condorcet, fogoso republicano, que extremo el odio contra los sacerdotes, y contra todo cuanto tuviese alguna relación con el cristianismo; fué el digno panegirista de Voltaire;—Marmontel, hijo de un sastrero del Lemosín, que entregado en edad muy temprana á la secta filosófica, le sirvió con todas sus facultades;—el barón de Holbach, alemán de nacimiento, hombre sin fe ni ley, sin costumbres, que se estableció en París, donde convirtió su casa en antro seclarij;—d' Argental, quien no pudiendo distinguirse por su talento, mereció al menos el título de *alma condenada de Voltaire*, por su celo ardiente en difundir sus obras, y en complacerle en sus odios y venganzas.

Finalmente, Duvernet, Boulanger, Thiriot, Turgot, y algunos otros, compusieron la falange infernal, á cuya cabeza se lisonjaba Voltaire de triunfar del cristianismo, y anonadarlo. Y de tal manera contaba con el triunfo más completo, que, diciéndole M. Herault, teniente de policía, lleno de horror por sus producciones impías: «Trabajais en vano; por mucho que escribais, no conseguireis destruir la religión cristiana.» Voltaire tuvo la audacia de contestarle: «Esto está por ver (1).»

Fácil es probar, con la correspondencia entre Voltaire y sus adeptos, y las revelaciones arrancadas por los remordimientos de algunos de los mismos adeptos, que esa sociedad infernal inspirábase en los principios más subversivos, en el odio más implacable, que representaba, en suma, la secta anticristiana del siglo XVIII.

«La victoria se declara por nosotros en todas partes, escribía Voltaire á Damilaville, en 1763; yo os aseguro, que dentro poco, bajo los estandartes de nuestros enemigos, no se abrigará sino la canalla; y nosotros de esa canalla no queremos ni partidarios, ni adversarios. Somos nosotros un

(1) Vida de Voltaire, por Condorcet.

cuero de bravos caballeros, defensores de la verdad, y no admitimos entre nosotros sino á personas bien educadas (!!!). Animo, pues, bravo Diderot, intrépido d' Alembert, junlaos á mi querido Damilaville: acometed á los fanáticos y á los bribones. Compaced á Blas Pascal, menospreciad á Honteville y Abadie, tanto, como si fuesen Padres de la Iglesia». En otra carta escribe á d' Alembert: «Procurad que todos mis hermanos persigan al infame, de palabra y por escrito, sin tregua, ni descanso: véremos si es verdad, que no puede destruirse la religión cristiana.» (1)

Tal era el furor con que Voltaire cumplía el juramento prestado en el antro de Lucifer, de aplastar, según Condorcet, al cristianismo, según el convencional Mercier, á Jesucristo; que no se hubiera disgustado, como decía á d' Alembert, en 1761, «morir sobre una pila de santurrones inmolados á sus pies, con tal, que el cristianismo quedase anonadado.»

Orgullosó por sus primeros triunfos, veía-se ya, como Satanás, dueño del cielo, y le parecía entrever la caída del trono del Eterno: «Dentro de veinte años, exclamaba, bueno estará Dios!» (2)

No prevía sin duda el infame blasfemo, que un siglo después de su muerte, nosotros le contestaríamos: Dentro de veinte años la Iglesia habrá combatido por espacio de diez y nueve siglos, sin que las potestades adversas hayan prevalecido contra ella.

Turgot dio á luz algunos escritos, en los cuales la religión era indignamente ultrajada. Con este motivo Voltaire escribió á sus adeptos: «Si contais con muchos sabios del templo de M. Turgot, temblo por el infame» (3). Y un año después, tratando de reanimar más y más el furor de los sectarios, escribió: «Abrazo á todos los filósofos; les ruego que inspiren contra el infame todo el horror que él se merece: que todos los hermanos permanezcan unidos.» (4) «Arrojaos todos sobre el infame con habilidad.

...Lo que más me interesa es el progreso

de la filosofía (!!!) y el envilecimiento del infame.» (1)

«Es preciso, que los hermanos reunidos (esto es, los sectarios) aplasten á los bribones (esto es, á los cristianos); yo repetiré siempre mi tema: *Delenda Carthago*» (2)

Dominado ya enteramente por el furor, rara vez quedaba satisfecho de los esfuerzos de los demás conjurados con el para anonadar la religión, reprochándoles con amargura su tibieza en combatir la verdad católica: «¡Ah! hermano, escribía al marqués d' Argens en 1757, si quisierais decididamente aplastar el error! hermano; sois tibio!»

—Y á d' Alembert, el 17 de febrero del mismo año: «Formad un cuerpo, jamotinos, y seréis los dueños.» Y en 28 de setiembre 1763, le escribía también: «Mucho temo, en vista de la tibieza de vuestro celo: escondeis vuestros talentos, y os contentais con menospreciar á un monstruo, que se debe aborrecer (3) y destruir. ¿Que os costaría el aplastarlo con cuatro paños, con tal que tuvieseis la modestia de dejarlo ignorar que muere á vuestras manos? Disparad la flecha sin mostrar la mano. Dádmme un día este gusto; consolad mi vejez.» De esta suerte este monstruo deseaba en vida el único consuelo—si así puede llamarse—que desean los réprobos.

Justamente alarmado de los estragos, que este torrente de impiedad no podía dejar de producir, el Gobierno francés tomó medidas para detener su curso. D' Alembert se apresuró á participar esta novedad á Voltaire, aunque tranquilizándole en los términos siguientes: «Se ha publicado un decreto, imponiendo pena de la vida á cuantos hayan dado á luz, y circulado escritos contrarios á la religión; pero, con algunas atenuaciones, todo irá bien: nadie será ahorcado, y la verdad se dirá.»

Entonces fue cuando el barón de Holbach, uno de los que con más ardor respondió al llamamiento de Voltaire, reunió secreta-

(1) A Damilaville, 24 de mayo 1761.

(2) A Damilaville, 4 de febrero 1762.

(3) El mes próximo pasado, el venerable hermano José Garibaldi escribía á los pensionistas comunales de Chiari: «la juventud italiana debe aborrecer á los sacerdotes y á sus protectores.» De donde se ve, que el lenguaje y el odio sectario son siempre idénticos.

(1) Carta á d' Alembert, en 1765. Voltaire alude á la respuesta que había dado á M. Herault, citada más arriba.

(2) A d' Alembert, 25 de febrero 1758.

(3) A d' Alembert, 17 de setiembre 1760.

(4) A Damilaville: 8 de mayo 1761.

mente en París a los ven. herm.: Su casa fué convertida en un antro sectario, sin que el Gobierno tuviera conocimiento de ello, ó, á lo menos, aparentó ignorarlo, pues ciertos ministros del rey harto lo sabían, y áun favorecían á los clubistas; así es como éstos pudieron preparar en la sombra el veneno mortal, que esparricaron en todos los puebllos. De esa sociedad secreta salieron una multitud de obras, que sobrepajaron en impiedad á cuanto se habia visto hasta entónces.

M. Lery, académico y caballero de Luis XVI, era secretario de este comité infernal. Espanlado, al fin, de las terribles consecuencias, que no podia dejar de producir ese desbordamiento de impiedad, remordiéndose la conciencia de haber contribuido á las desgracias de su patria (entónces empezaba la revolucion), dijo las importantes palabras siguientes, que extractamos de la obra de Barnet, sobre el Jacobinismo, t. I, pág. 262.

«Esta sociedad era una especie de club, que habiamos formado los filósofos, y en el cual no se admitían sino las personas que nos eran muy conocidas. Nuestras juntas se celebraban, por lo regular, en la casa del baron de Holbach, bajo el título de *economistas*, para dar á nuestras reuniones un color de legalidad, á Voltaire, aunque ausente, se le confirió la presidencia honoraria y perpetua de la sociedad. Nuestros principales miembros eran: D' Alembert, Turgot, Condorcet, Diderot, La Harpe (que se convirtió más tarde), y Lamoignon, guardasellos, que, en su desgracia, se suicidó en el parque de su casa. Nuestra ocupacion principal consistía en la composicion de la mayor parte de los libros, que vieron la luz publica entónces, contra la religion, las costumbres y el gobierno. Tambien patrocinábamos las composiciones de algunos autores afiliados, que trabajaban bajo nuestras órdenes é instrucciones. Antes de darse á luz estas últimas, las revisábamos, adicionando, ó cercenando, ó corrigiendo, segun lo requerían las circunstancias. Cuando nuestra filosofia se descubria más de lo conveniente, por el momento, ó por el objeto del libro, se velaba; cuando creíamos poder ir algo más lejos, de lo que se habia propuesto el autor, hablabamos con más claridad; en fin, hacíamos decir á estos escritores cuanto se nos antojaba. La obra se publicaba en seguida, bajo el título y nombre

que nosotros elegiamos, para ocultar la mano de donde partía el tiro. Las obras publicadas como póstumas, tales como *El cristianismo sin velo*, y otras varias por el mismo estilo, atribuidas á Frexet, á Boulanger, despues de su muerte, eran obra exclusiva de nuestra sociedad.

«Luego de aprobados esos libros, hacíamos, primero, un tiraje en papel fino y ordinario, en número suficiente para recomendarlos los gastos de impresion; y despues una cantidad considerable de ejemplares en papel más comun, que enviábamos á los libreros ó á los revendedores, que recorrían los puebllos, quienes los recibían casi de valde, para que los vendiesen al precio más infimo posible. Hé aqui lo que ha transformado al pueblo y lo ha conducido al punto en que le veis hoy dia. ¡Ah! yo no lo veré por mucho tiempo; el dolor y los remordimientos abreviarán mi vida.»

VI.

Empero, todos esos escritos particulares, por numerosos y abominables que fuesen, no llenaban enteramente las miras sacrilegas de los sectarios: deseaban condensar en una sola obra todos los errores y todo el veneno de la impiedad. D' Alembert concibió el plan, y lo anunció, bajo el pomposo título de *Enciclopedia*.

En esta obra debían juntarse todos los conocimientos; peligroso cebo, que ofrecido diestramente, sedujo á innumerables lectores.

Todos los miembros de la sociedad de los *Economistas* pusieron mano á la obra; y, para cubrir mejor sus perversos designios, asociáronse algunos autores respetables, que suministraron para la inmensa empresa, algunos artículos respetuosos para con la religion; pero cuya verdad era combatida, y aun ultrajada, en otros artículos, sobre los cuales los directores no se olvidaban de llamar la atencion por medio de notas. Cuando Voltaire vió el artículo *Infierno*, tratado, poco más ó menos, como debía serlo, segun la verdad, se indignó sobremanera; pero apaciguólo D' Alembert, diciéndole: «Hay otros artículos sobre puntos de menos importancia, que reparan perfectamente cuanto se dice en aquél (1).» La misma respuesta

(1) Carta del 21 de julio 1754.

se le dió acerca del artículo: *Bayle*. Hablando de este autor impio, dijo D' Alembert: ¡Ojalá que hubiese respetado la religion y las costumbres!—«Heleido con horrores las palabras, exclamó Voltaire; de veras me habeis contrastado! Preciso es que el demonio de Jurion es los haya inspirado á escribirías.»

Deberías hacer penitencia todo el tiempo de vuestra vida por esas dos líneas; si; deslizaran ser borradas con vuestras lágrimas (1).» D. Alembert le respondió: «Me armáis querella de suizo con motivo del Diccionario de Bayle. ¿Quién ignora, que en el pais maldito en que vivimos (2), tales frases son una pura fórmula de notario, y solo sirven de pasaporte á las verdades; esto es, á las impiedades, que se establecen en otros artículos?» Con tantos medios y astucias, esa vasta conspiracion se convirtió en un arsenal, en donde se hallaban reunidas todas las armas de los antiguos y modernos enemigos de la religion, el depósito de todos los errores, de todos los sarcasmos, de todas las blasfemias. Y por esta razon, Voltaire fundaba sus esperanzas en la *Enciclopedia* (3) para el feliz resultado de sus propósitos; de acabar con el cristianismo: D' Alembert abrigaba la misma confianza; y en el colmo de su júbilo sacrilego, escribía á su maestro Voltaire.—«Aplastad al infame, me estáis repitiendo sin cesar; eh! Dios mio, dejad que se precipite por sí mismo, lo cual acontecerá más pronto de lo que os figurais. ¿Sabéis lo que ha dicho Astruc, el medico de Luis XV? No son los jansenistas los que matan á los jesuitas; sino la *Enciclopedia*; voto á sanes! la *Enciclopedia*. Algo de verdad hay en esta asercion, pues el pilló d' Astruc habla, á veces, como Pasquín; esto es; habla con buen sentido; por lo que á mi toca, en este instante todo lo veo de color de rosa; y, por consiguiente, desde ahora me parece ver á los jansenistas muriendo pacíficamente en el año que viene, despues de haber acabado en el presente año con los jesuitas; dándoles una muerte violenta; establecida la tolerancia (4); lla-

mar de nuevo á los protestantes, casarse los sacerdotes, abolirse la confesion, y aplastarse al infame, casi sin que nadie se aperceba de ello (1).» Tales eran, pues, los efectos que sus autores se prometían de la *Enciclopedia*; y de todas las obras anticristianas.

«Con el mismo ardor se dedicaban á multiplicar y difundir esas obras envenenadas; que á componerías. A este propósito, Voltaire se aprovechaba de todos los medios; y llamaba á todas las puertas. El 15 de abril 1767, escribía á su digno amigo y protector el rey de Prusia: «¿No pudierais, señor; sin comprometeros, estimular á algunos libreros de Berlin, á imprimir nuestros libros, y esparricarlos por Europa á precio infimo, para facilitar la venta y la circulacion?» El monarca impio le respondió en 5 del mes siguiente: «Podéis serviros de nuestros impresores, conforme lo deseais; aquéllos gozan de una libertad completa; y como están en relaciones con Holanda, Francia y Alemania, no dudo que les sobrarán medios para introducir libros donde lo juzguen más á propósito.»

Voltaire se aprovechó ampliamente de esta autorizacion del rey prusiano: hizo imprimir una cantidad prodigiosa de todas esas obras impías; sus adeptos le imitaron; y á imitacion suya, no se limitaban á esparricarlas por sí mismos, sino que enviaban fardos de ellas á los mercaderes de todos los puebllos, á los mercaderes ambulantes; quienes inundaban hasta las aldeas de tales infames producciones, vendiéndolas á un precio infimo, casi por nada, y á veces, regalándolas, segun lo asegura el mismo Voltaire, cuando escribía á Helvecio: «Al *Pedagogio cristiano*, yal *Pensad bien*, libros que tantas conversiones hacían en otro tiempo, se oponen pequeños libros filosóficos; cuya diffusion se procura con habilidad: estos pequeños libros se suceden rápidamente unos á otros: no se venden; se dan á personas afiliadas, que los distribuyen á los jóvenes y á las mujeres.» (2)

De esta suerte la Europa vió en poco tiempo inundada de libros infames, que arrancaban de los puebllos la fe, corrompían las costumbres; y destruían el respeto del

(1) Carta del 2 de octubre 1764.

(2) París, en cuya capital se manifestaba todavía una fuerte oposicion á los escritos irreligiosos é impios.

(3) Carta á Damilaville, 13 de mayo 1764.

(1) Carta á Voltaire, 4 de mayo 1762.

(2) 25 de agosto 1763.

hido á toda potestad. En nuestros días, la secta anticristiana prosigue la misma obra, la prosigue por los mismos medios, y cosa deplorable, el pueblo cristiano se deja coger con el mismo cebo. A pesar de las advertencias del sumo Pontífice y del Episcopado, se encuentran católicos—ciertamente poco dignos de este nombre—que se obstinan en leer malos periódicos, en consagrar sus horas de solaz á la lectura de publicaciones, tanto mas peligrosas, cuanto la forma es mas atractiva y mas hipócrita; y contribuyen así, á sostener la prensa revolucionaria; y la alientan, tal vez, sin pensarlo á combatir la Iglesia, y socavar los fundamentos, sobre los cuales descansa la sociedad. Al mismo tiempo dejan á la prensa católica—á la cual no se curan de sostener con su óbolo—el cuidado de defender los principios eternos de la verdad y de la justicia. ¡Pluguiese á Dios, que esos ciegos volterianos, en vista de estas revelaciones acerca de los publicistas voluntarios del siglo XVIII, aprendiesen, lo menos, á conocer el fin perdido de los secretarios del siglo XIX, y dejasen de ser sus auxiliares!

Hemos notado ya con qué apresuramiento y ardor el rey de Prusia aceptó el protectorado de la secta, de la que Voltaire era digno presidente. Nos detendremos algo sobre este asunto para demostrar, que Federico II, á quien se ha dado el título de Grande, era, en su tiempo, lo que, en el lenguaje de las Logias, se llama hoy día, *Gran Oriente*. Esta demostración tiene en la actualidad, su importancia, puesto que la revolución está ahora sentada en el trono, y se ocupa, desde él, en reclutar adeptos y protectores entre los soberanos.

Hé aquí en qué términos Voltaire refería, en 1743, á Amelot, ministro de Francia, las intenciones de Federico II. «En la última conversación que he tenido con su magestad prusiana, le he dado cuenta de un impreso, que, hacia cómo seis semanas, circulaba en Holanda, en el cual se proponen los medios de pacificar el imperio, á saber: secularizando los principados eclesiásticos, en favor del emperador y de la reina de Hungría. Yo le dije, que deseaba con todo mi corazón el feliz éxito de semejante proyecto, que consistía en devolver al César lo que al César pertenece; que la Iglesia, no debía cuidarse sino de rogar á Dios y á los principes; que los benedictinos no habían sido instituidos

para convertirse en soberanos; y que esta opinión, que yo habia sostenido siempre, me habia creado muchos enemigos en el clero. Entonces se confesó, el mismo, autor del proyecto, impreso y circulado de orden suya; y me dió á entender, la satisfacción con que se vería comprendido en estas restituciones, que los sacerdotes deben, dice, en conciencia, á los reyes, y así embellecería á Berlin con los bienes de la Iglesia. En verdad, desea llegar á este fin, y no trabajará en favor de la paz hasta tanto no se le proporcionen estas ventajas. Ahora á vuestra prudencia corresponde aprovecharse de este plan secreto, que solo á mi ha confiado.»

Nadie diría sino que estas palabras han sido ahora escritas por alguna excelencia italiana.

VII.

Escribiendo al rey de Prusia en 1767 para estimular á este poderoso auxiliar de la impiedad á desplegar todo su poder contra el cristianismo, Voltaire le decía: «Hércules combatía contra los bandidos, y Belerofonte contra las quimeras; no me disgustaría ver, como los Hércules y los Belerofontes libran la tierra de los bandidos y de las quimeras católicas.» El *Gran Oriente* (1) le contestó: «No son las armas las que han de destruir al infame, sino los brazos de la verdad, y la seducción del interés. Si deseais que os explique lo que pienso, he aquí mi idea: he observado, y otros lo han observado tambien, que allí donde hay conventos de frailes, es donde el pueblo es más supersticioso: luego, no cabe la menor duda, que si se consigue destruir esos asilos del fanatismo (de la religion), el pueblo se volverá indiferente e tibio acerca de los objetos de su actual veneración; débese, pues, empezar por destruir los claustros, ó, al menos, por disminuirlos. El momento ha llegado ya, puesto que los Gobiernos de Francia y Austria están sobrecargados de deudas. El cebo de las opulentas abadías y de los conventos ricos es una tentación irresistible. Manifestando con vivo colorido, los daños que los cenobitas irrogan á los Estados, y cuan excesivo es su número en las provincias, y al propio tiempo, cuán fácil

(1) Carta del 24 de marzo 1767.

sería pagar las deudas públicas, con los tesoros de estas comunidades, que no tienen sucesores, estoy persuadido de que empezarian la deseada reforma: y es probable, que atraídos por el cebo de la secularización de algunos beneficios eclesiásticos, la avaricia se engulliría lo restante. Cualquiera gobierno que emprendiese esta operación, naturalmente deberá ser amigo de los filósofos, y partidario de todos los libros, que ataquen las supersticiones populares y el falso celo, que pretendiera oponérselo. Hé aquí el bosquejo de un plan, que yo someto al patriarca de Ferney; corresponde á él, como padre de los fieles, mejorarlo y ejecutarlo.

«Quizá me objete el patriarca, ¿qué se hará de los obispos? y yo contesto, que no es tiempo todavía de tocar á los preladós; hay que empezar por destruir á los que soplan y sostienen el fanatismo en el corazón del pueblo. Entibiada ya la superstición en las masas, los obispos serán bien pronto unos muchachos, óviles, de los cuales dispondrán á su gusto los soberanos.»

VIII.

Precisamente era este el plan que mucho tiempo hacia meditaba Voltaire, por cuyo motivo fué imponderable su júbilo, al encontrar en Federico II miras, tan conformes con las suyas; así es, que, en 5 del mes siguiente, le escribió: «Vuestra idea de atacar la superstición *crística*, empezando por los frailes, es por cierto, la de un gran capitán. Suprimidos que sean los frailes, el error sucumbirá ante el menosprecio universal. Mucho se ha escrito en Francia acerca de la materia: todo el mundo habla de ella; pero parece que el proyecto no está todavía madurado. En Francia no se puede ser tan atrevido, porque los *devotos* gozan aún de mucho crédito.»

Consumada ya la expulsión de los jesuitas, Voltaire manifestó su gozo, feróz al marqués de Vieuxville, otro de sus adeptos, escribiéndole en 27 de abril 1767: «Me regocijo juntamente con mi bravo caballero de la expulsión de los jesuitas... ¡Ojalá, que pudieran ser exterminados de la tierra todos los frailes, que, por cierto, no valen más que los pillos de Loyola.»

Su furor en perseguir á los religiosos, llegó á un punto tal, que deseaba encontrarles culpables de los crímenes más enormes, pa-

ra que ellos mismos trabajasen en su ruina. Habiendo circulado el calumnioso rumor, de que el superior de cierta comunidad, habia sido asesinado por sus religiosos, escribió inmediatamente á Damilville: «¿Será verdad, que los capuchinos han asesinado á su guardian? Ya que la órden sería anda mezclada en asesinatos, bueno será purgar de ella la tierra.» (1)

Como le contestase Damilville, que la noticia era falsa, Voltaire le manifestó cuanto lo sentía, en 3 de junio siguiente: «Me habeis afligido sobranera, participándome, que el guardian de los capuchinos es un Oton y un Caton; yo me fisonjeaba de que los frailes le habían degollado, y que esa aventura sería utilísima á los pobres laicos, esto es, á los filósofos.» En estas palabras y en estos deseos se reconoce perfectamente, que Voltaire era, por su corazón, el último de los hombres. (2)

El rey de Prusia, que estaba siempre muy al corriente de los progresos que hacia la secta *filosófica*, escribía á Voltaire: «Hé aquí una nueva victoria, que acabamos de obtener en España: los jesuitas han sido expulsados de aquel reino; además, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid, han pedido al Papa la supresion de un considerable número de conventos: dícese que el Santo Padre, se verá obligado á consentir en ello, aunque á *regañadientes*. ¡Cruel revolucion! ¡qué no debe esperarse del siglo que va á suceder al nuestro! La segur está aplicada á la raíz del árbol; por una parte, los filósofos se levantan contra los abusos de una superstición venerada; por otra, los abusos de la dispacion obligan á los principes á apoderarse de los bienes de esos reclusos, sustentáculos y trompetas del fanatismo. Ese edificio, socavado en sus fundamentos, va á hundirse, y las naciones transcribirán en sus anales, que Voltaire fué el promovedor de esta revolucion, que en el siglo XVIII se hizo en el espíritu humano.» (3)

Solo un ciego, atacado de una ceguedad singular, puede dejar de reconocer, que la proscripción de los religiosos tenia por objeto (como lo tiene en nuestros días) la des-

(1) Carta del 26 de mayo 1766.

(2) Calificación debida, como más arriba hemos visto, á su sobrina M. Denis.

(3) Carta á Voltaire, del 5 de mayo 1767.

trucción del cristianismo, y que esta destrucción era el voto constante de Voltaire y de sus afilados, y el fin que se proponían en todas sus intrigas e imposturas. Empero, Voltaire, no limitaba sus deseos á la supresion de los conventos: hubiera querido, según se explicaba con el rey de Prusia, que, desde luego, se declarara guerra contra los obispos y los sacerdotes, y una guerra de exterminio. Federico persistía en su opinión, de que no había llegado aún la hora de tocar á los obispos (1), sino que debía continuarse, socavando sin ruido el edificio de la cristiandad. Reconocía, sin embargo, que esta gran revolución, comenzada por las obras impías de Bayle, y que Voltaire había adelantado extraordinariamente con sus obras, más impías todavía, no se consumaría sino por sus sucesores, á mano armada. He aquí la exposición de sus pronósticos: «A Bayle, vuestro predecesor, y á vos, sin duda, os dejé la gloria de esta revolución, que, actualmente, se está obrando en todas las inteligencias. Empero, digamos la verdad: la revolución no es completa; todavía los devotos tienen su partido, y no se concluirá con ellos, sino empleando una fuerza mayor; de los católicos debe partir la sentencia, que ajustará al infame; los ministros ilustrados podrán contribuir á ello; empero es preciso, que la voluntad de los soberanos les auxilien en sus propósitos. Sin duda esto se hará con el tiempo, mas, ni vos, ni yo, hemos de ver este momento deseado.» (2) De esta suerte los sectarios del siglo diez y ocho pretaban, sin retroceder de horror, las terribles consecuencias de sus funestas doctrinas: trazaban con imperturbable sangre fría el camino, que debían recorrer sus adeptos, y que condujo directamente á las escenas sangrientas de la revolución francesa. En este camino, hallamos todavía, «al hombre más detestable de Europa,» al implacable persecuidor de la Iglesia, y á sus dignos cómplices, los carceleros de Pio IX. El canceller, lo mismo que sus satellites, saben explotar los frutos de la Revolución; saben recitular en su ligá anticristiana á los soberanos, que la Revolución ha coronado, y he aquí llegado ya el momento previsto por Fede-

(1) Carta á Voltaire del 13 de agosto de 1773.

(2) Carta de 1773.

co, en que «la voluntad del soberano se une á la de los ministros ilustrados para aplastar al infame.»

Mas, continuando la lugubre historia que hemos emprendido, demostraremos con la experiencia de lo pasado, que la hidra revolucionaria no respetará á los mismos que la han desencadenado. Nuestros lectores verán, que el mismo Voltaire, que conspiraba contra el altar, conspiraba también contra el trono, y que aspiraba á precipitar en el mismo abismo á los sacerdotes y á los reyes.

Voltaire y sus adeptos, encontraban en la autoridad de los príncipes un obstáculo para realizar sus proyectos sacrilegos, una imagen del Dios supremo, que ellos combatían, un yugo insostenible á su orgullo; he aquí porque envolvían á los soberanos en su horrible conjuración. El trastorno debía ser universal, la anarquía completa: los sectarios solamente, con su impiedad y su barbarie, habían de reinar; su imperio infernal debía extenderse sobre toda la tierra. «Yo no tengo en mi retiro, decía Voltaire, ni parlamento, ni sacerdotes: deseo lo mismo para todo el universo.» (1)

Thiriot; que, como hemos visto, trabajaba en el club del barón de Holbach, habiendo echado en cara á Voltaire, que no había atinado bastante en sus dos epístolas, la libertad y la igualdad sectarias, recibió esta respuesta: «De dónde diablos habeis sacado, que estas dos epístolas no van directamente dirigidas al fin que nos proponemos? No hay ni un solo verso en la primera, que no encarezca la igualdad de condiciones, ni uno solo, en la segunda, que no pruebe la libertad.» (2)

IX.

En un impreso, publicado bajo el título: *De la Moderación en todo*, Voltaire predicaba á los hombres, que su felicidad sería siempre quimérica, mientras se resignasen á la condicion de súbditos; que la política de los reyes consiste en oprimir la tierra; que los príncipes son bárbaros sedentarios, animales, en cuyo provecho, los que defienden la política, son bastante locos para dejarse degollar, y al expresarse en tan horribles

(1) Carta á la condesa de Lutzebourg, setiembre 1777.

(2) Carta del 24 de octubre de 1788.

términos, pretendía, sin embargo, ocultar los sentimientos monstruosos que expresaban, pues creía, que no había llegado todavía el tiempo de divulgarlos: «Guardadme este secreto, sobre todo, cerca de los reyes y de los sacerdotes,» escribía á D' Alembert, en 12 de Setiembre 1737. Este, en una carta del 14 de Julio 1767, le había alentado en la guerra emprendida contra el altar y el trono, aplaudiendo los triunfos que obtenía, y manifestándole el sentimiento que le causaba el ignorar, algunas veces, los rudos golpes que descargaba, ora contra el uno, ora contra el otro. «Tengo un verdadero disgusto, le decía, cuando sé, por el público, que habeis aplicado, sin participármelo, otra bofetada al fanatismo y á la tiranía (esto es, á la religion y á la monarquía), sin perjuicio de algunos puñetazos oportunamente distribuidos; no hay otro como vos para hacer odiosas y ridiculas esas dos plagas del género humano.»

Así en los ataques contra la monarquía, como contra la religion, Voltaire estaba al frente de los conjurados; desde que se trataba de propagar el mal, era siempre este monstruo el que proponía el plan y dirigía la operacion.

Quien puede oír sin espanto las expresiones empleadas en un escrito, dado á luz por el club de Holbach, titulado: *Sistema social razonado*, en el cual se ultraja á los monarcas con una violencia inaudita? He aquí un extracto de esta elucubracion sectaria: «Oh vosotros, pretendidos señores de la tierra, plagas del género humano, ilustres tiranos de vuestros semejantes, reyes, príncipes, monarcas, jefes soberanos, vosotros todos, en fin, que al subir al trono, y elevaros por encima de vuestros semejantes, habeis perdido las ideas de igualdad, de equidad, de sociabilidad, de verdad; vosotros, en quienes el germen de las virtudes las más comunes, ni siquiera se ha desarrollado; yo os emplazo ante el tribunal de la Razon (esto es, de la impiedad y de la sedicion). Si en este desventurado globo se hallan millones de infortunados adheridos á su superficie, y encadenados al decreto de la opinión; si este globo ha sido presa vuestra, y si devorais todavía hoy, la triste herencia, no lo debeis á la sabiduría de vuestros predecesores, ni á las virtudes de los primeros hombres, sino á la estupidez, al miedo, á la barbarie, á la perfidia, á la suspersticion: esos son vuestros titulos...

«Descended de vuestros tronos, y deponeid del cetro y la corona, preguntad al último de vuestros súbditos, que es lo que ama verdaderamente, y lo que más aborrece... y os responderá, de seguro, que no ama verdaderamente sino á sus iguales, y que aborrece á sus señores.»

Estos principios subversivos se encuentran bajo otra forma, no menos horrible, en el *Sistema de la Naturaleza*, obra de Baynal y de Diderot. En esta obra, la secta prorrumpo en esta blasfemia satánica: «Bajo la base de un Dios despótico (!!!) es imposible fundar un buen gobierno: sus representantes no pueden dejar de ser tiranos.»

De esta suerte, despues de haber trabajado en quitar la fé á los pueblos, y en propagar la impiedad, los sectarios de todos los tiempos trabajan en sublevarlos contra toda autoridad legitima, y en formar rebeldes, y, por consiguiente, en establecer, con el reinado de la impiedad, el del desorden, de la injusticia, de la violencia, del terror, y de la anarquía más espantosa.

El mismo rey de Prusia, que tan poderosamente habia protegido á la secta volterriana, mientras tanto ésta se limitó á dirigir sus ataques contra el altar, abrió, por fin, los ojos, y vio las terribles consecuencias de este sistema destructor. Federico se determinó entonces, harto tarde, por desgracia, á combatirla; y en la refutación, que el mismo escribió (1), reconoce, que esos pretendidos filósofos, á quienes llama cínicos, imprudentes, presuntuosos, aspiran, nada menos, que á trastornar todos los Gobiernos, empezando por el de Francia, en donde pretenden establecer una república (2); y que tanto se afanan los filósofos, por labrar la desgracia de los pueblos, que si hubiera en sus Estados una provincia, merecedora de ser ejemplarmente castigada, se la daría á gobernar.

Con profunda pena advirtió Voltaire este cambio de opinión, en uno de sus más poderosos protectores; mas consolóse con las reflexiones que comunicó al conde de Argental, en una carta, de fecha 11 de octubre 1770: «Un gran cortésano... dice, que la nueva filosofía, si no se le corta el vello, acarreará una revolución horrible; tranquilizos; todos

(1) Diálogo de los Muertos, ó Refutación del sistema de la Naturaleza.

(2) Primer Diálogo de los Muertos.

estos gritos se desvanecerán, y la filosofía subsistirá.» En efecto, con tal seguridad creía en la proximidad de la revolución, que seis años antes de estallar, decía á M. de Chauvelin: «Todo lo que estoy viendo, va sembrando la semilla de una revolución, que no puede faltar, aunque yo no tendré el gusto de presenciaria... estallará en la primera ocasión, y entonces, si, que se armará un magnífico zipizape!»

El gozo feroz y el odio satánico, que se descubren en esas palabras, nos demuestran en Voltaire y en la secta anticristiana, de la cual fué Voltaire el corifeo en el siglo XVIII, la infamia que hubieran querido arrojar sobre la Iglesia de Cristo.

Es de desear, que estas revelaciones, sobre la vida y las obras de un monstruo de iniquidad, cubran de oprobio á la secta maldita, que lo ha producido; que iluminen al pueblo, acerca de la perfidia de los sectarios, y

de los males incalculables que han causado, continúan y continuarán causando en la sociedad. Únicamente al fin de los tiempos, nos será dado conocer, en todo su horror, el misterio de iniquidad, que se está consumando en la *gruta de Lucifer*, esto es, en la secta anticristiana; pero que nos es conocida ya, y que la triste experiencia de un siglo de revoluciones, nos imponen el deber de aborrecerla, como el manantial de todos los males que estamos sufriendo.

Y cuando este santo horror penetre en nuestros corazones, fácil nos será, separarnos de los sectarios, cualquiera que sea la máscara con que se oculten, y repudiar y combatir sus doctrinas emponzoñadas, por dulce que sea el veneno.

JOURNAL DE FLORENCE, números del 5 al 12 de febrero 1874.)

CAÍN,

PADRE DE LA MASONERÍA.

I.

PRUEBAS DE DIOS.

*Beatus homo quem tu
eruderis, Domine; et de lege
tua docueris eum, ut
mitiget ei á diebus malis.*
(Ps. XCIII.)

Abro los Libros santos, para escudriñar los tesoros con que el Espíritu Santo, se ha dignado enriquecer al género humano. Bajo la égida de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, la única que posee la llave de oro para penetrar los arcanos, pido á los Libros santos una respuesta al pavoroso enigma, que, en nuestros días, ocupa todas las inteligencias. ¿Qué es la Masonería? ¿Cuál es su origen? ¿A qué abismos arrastra al género humano?

Se muy bien, que Dios ha depositado en los Libros santos un riquísimo tesoro de verdades; sé, que estas verdades no salen de la sombra en la que las tiene sepultadas la mano de Dios—por un decreto de su providencia siempre admirable—hasta el día, en que son indispensables al hombre para facilitar su salvación, y hacer fructificar la sangre preciosa, que por él derramó el Redentor; sé, que el Redentor mismo aseguró á sus apóstoles, que los Libros santos son como un repuesto, del cual el hombre, instruido en lo que mira al reino de los cielos, esto es, el hombre humilde y sencillo—cualidades indispensables para penetrar los misterios de

Dios—saca todo lo que le es indispensable para alcanzar la felicidad eterna. (MAR. XIII.)

Tengo á la vista el capítulo IV del Génesis, que nos revela, quien fué el primer homicida. Es el mismo Dios, quien se ha dignado hablarnos de él: escuchémosle con el debido respeto.

«El Señor dijo á Caín: ¿Por qué motivo andas enojado? Y ¿por qué está demudado tu rostro? ¿No es cierto, que si obras bien, serás recompensado; pero si mal, el pecado estará siempre en tu puerta? Mas su apéto estará á tu mandar, y tú le dominarás.»

Al leer estas palabras, inclinan su cabeza los sagrados intérpretes, y adoran al que las ha pronunciado. Reconocen todos, que esas palabras ocultan algún misterio: pero nadie se ha atrevido á sondearlo. El ilustrísimo Martini, arzobispo de Florencia, y que descuellan entre los últimos intérpretes, autorizados por la Iglesia, de los Libros santos, se esfuerza en sacar de este texto alguna instrucción moral; pero confiesa, que este pasaje es uno de los mas oscuros de la santa Biblia.

Hé aquí la interpretación de esos versículos, que yo someto al juicio de la Santa Iglesia, la única que tiene autoridad para confirmarla.

El Eterno anuncia, con estas palabras, al primer homicida, que Lucifer se le presentará, tan luego como haya cometido el crimen, que está meditando. Se advierte, que, á pesar de este crimen, no perderá el libre albedrío; y que, si quiere, podrá resistir á las seducciones de Lucifer, y negar al ene-